

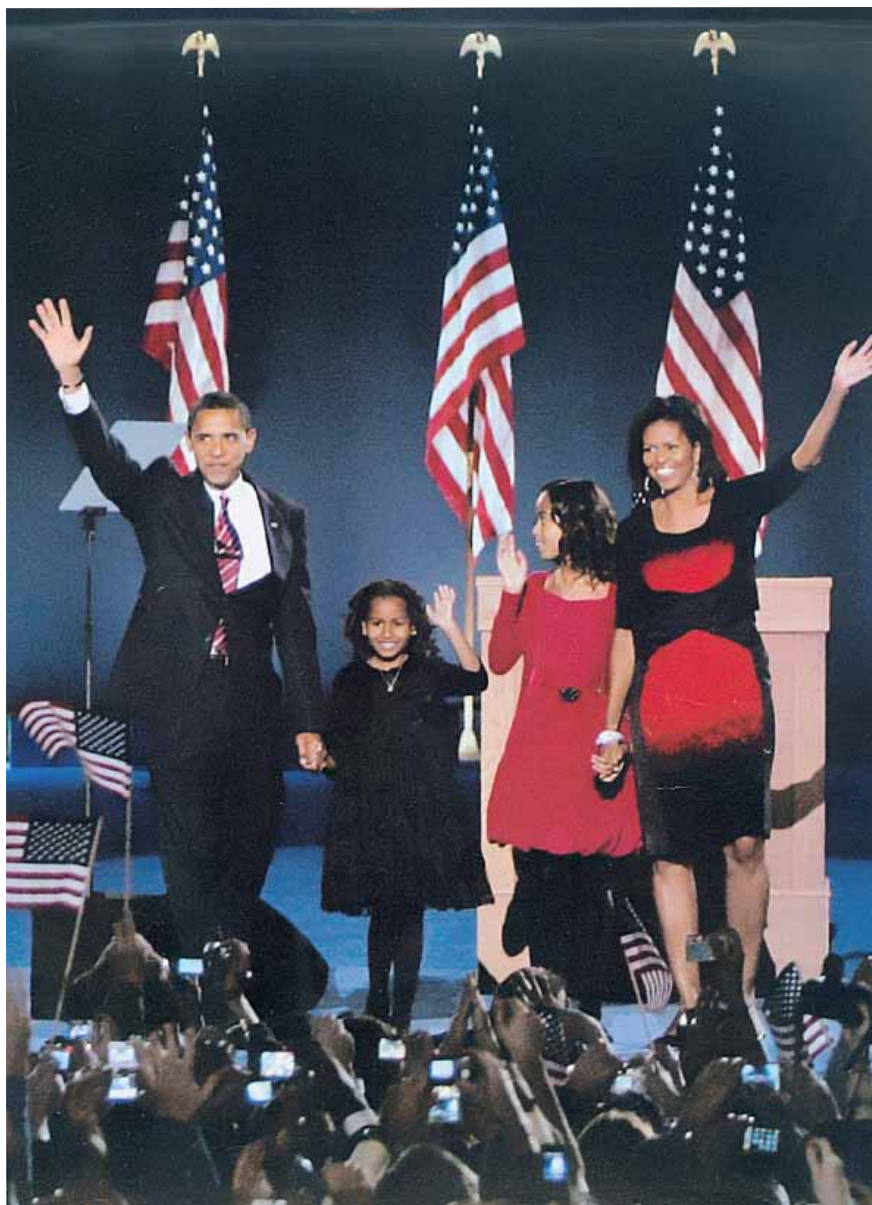
Barack Obama en la cima de la montaña

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

Una noticia recorre el mundo: el presidente número 44 de Estados Unidos de América es un hombre negro. Y, aunque al escribir estas notas todavía no ha tomado posesión del cargo y se mantiene en ese limbo de presidente electo, Barack Hussein Obama, Jr., ya influye en la política interna norteamericana y en las relaciones del país con el resto del mundo a través de sus declaraciones, posiciones y los nombramientos de su gabinete. Ha sido declarado una de las personas más influyentes del 2008, lo consideran una leyenda viviente, un mito que hace realidad los sueños de Martin Luther King, Jr., Abraham Lincoln y otros patriotas estadounidenses de los siglos XIX y XX comprometidos con las luchas por los derechos civiles en Norteamérica y en otros lugares del planeta, como es también el caso de Nelson Mandela.

Las miradas y los juicios que le rondan desde su candidatura en las primarias del Partido Demócrata, le han situado en un altísimo escalón simbólico del cual él y sus colaboradores han sabido aprovecharse, pero cuyas encumbradas expectativas no deja de presentarle numerosos peligros. Pues, como le sucede generalmente a la mayoría de los mejores líderes, gracias a la gestión pública se obtiene primero autoridad moral y luego cierta categoría de personaje histórico. En su caso, es un gran acontecimiento conquistar la silla presidencial en el país de la feroz esclavitud de los negros, del Ku Klux Klan y del asesinato a importantes líderes de la comunidad afroamericana, u otros liberales como el presidente John Fitzgerald Kennedy, otra víctima del magnicidio con quien suele compararse o sugerir las amenazas que sin dudas le circundan.

A la inversa, Obama emerge justo del acontecimiento histórico que ha protagonizado en los tiempos de



la llamada Aldea Global. Su figura se proyecta con cada palabra, acción o gesto, por muy personales que parezcan, como una imagen universal de culto envuelta en un discurso, tal vez semantizado en exceso, alrededor de dos vocablos que le acompañaron como estandartes de fuerte connotación post-ideológica, una ideología carente del clásico sentido de exclusión. Cambio

y esperanza (Change and Hope) fueron dos coherentes ejes de toda su campaña que lo llevaron justo a donde alcanzó la profecía de Martin Luther King, aunque no su vida: "He estado en la cima de la montaña y he visto la tierra prometida".

Las inolvidables lágrimas y la emoción de Jesse Jackson, varias veces precandidato presidencial, la noche del

triunfo, permanecerán unidas al recuerdo del pasado martes 4 de noviembre, cuando alrededor de las 12 de la noche se dio a conocer el triunfo del senador de Illinois sobre el senador republicano por Arizona John McCain. La imagen televisiva de Jackson conmovido ante la victoria impacta más en cuanto él fue uno de los colaboradores del doctor King, y se ha comprometido por más de cuatro décadas con la causa del reconocimiento de la igualdad racial que garantiza la Constitución a los descendientes de los esclavos africanos. Más, al ser estos la única minoría que llegó forzada a las costas del país no buscando el sueño del *american way of life* ni la libertad que les fue negada desde que, en pleno acto de barbarie, los arrancaron de su tierra y de su cultura para someterlos a una discriminación que todavía no acaba por completo en EUA ni en ninguna parte del mundo.

Sin embargo, para algunos Obama no tiene un pasado lo suficientemente negro. Más bien parecería un individuo culturalmente blanco con una apariencia afroamericana. Y es muy interesante que, quienes lo consideran un heredero natural del M. L. King -de quien el propio Obama se dice continuador-, y quienes ven que la negritud del presidente electo se la aportan fundamentalmente su esposa, Michell Robinson, y sus dos lindas hijas (Natasha y Malia Ann), ambos tienen razón. Barack Obama no es un hombre específicamente negro sino mestizo, a pesar de que la conciencia norteamericana promedio solo vea "colored people". El hecho de que dentro del idioma inglés no halla un término preciso para catalogar su evidente mestizaje al ser hijo de un negro keniano y una blanca de Kansas, no evita que en otras lenguas no existan palabras con mayor o menor precisión. Su condición racial pertenece a lo que en lengua castellana nombramos mulato (el idioma inglés ya se apropió, con el sentido peyorativo original, de este vocablo); y en Cuba con mayor precisión *jabado*, o simplemente *"jabao"*, una categoría racial poco definida desde el punto de vista científico (suele asociarse, entre otros elementos, a un color más claro de piel), pero de una

muy conocida connotación sincrética en el imaginario de nuestro pueblo.

Es la condición simbólica de su hibridez racial, étnica, regional, ideológica y partidista, en función de los ideales patrióticos, una de las reservas fundamentales del capital simbólico que, hasta la fecha, contribuye al éxito nacional e internacional del político norteamericano de solo 47 años. Y él se preocupó por dejarlo claro en sus dos libros (*Los sueños de mi padre* y *La audacia de la esperanza*) y en cada uno de sus discursos, aunque en ninguno con mayor encanto que en aquella famosa intervención durante la Convención Demócrata en Boston, en 2004:

"No hay una América progresista y una América conservadora, hay los Estados Unidos de América. No hay una América negra y una América blanca, una América latina y una América asiática, hay los Estados Unidos de América. (...) Nosotros veneramos a un Dios todopoderoso en los estados azules (de mayoría demócrata), y no nos gusta que los agentes federales husmeen en nuestras bibliotecas en los estados rojos (de mayoría republicana). Nosotros preparamos los campeonatos de baloncesto en los estados azules y tenemos amigos gays en los estados rojos. Hay patriotas que se han opuesto a la guerra de Iraq y patriotas que la han apoyado. Somos un único pueblo, todos hemos prestado juramento de fidelidad a la bandera, todos defendemos a los Estados Unidos de América".

Varias aristas integran su identidad multinacional, interracial e interreligiosa. Como si no bastara la peculiaridad hoy incómoda de sus nombres de resonancia árabe y africana, siempre le acompañan el origen de sus padres fallecidos a edad temprana, el nacimiento en el Estado de Hawai (en cuya universidad Barack Obama padre había ganado una beca), la permanencia por 4 años en Yakarta de la mano de su madre y del nuevo esposo de esta -un indonesio, fiel musulmán como el abuelo paterno del muchacho-, la convivencia amorosa con los dos abuelos maternos (un veterano de la II Guerra Mundial y una esforzada obrera, apoyo económico de la familia, que mu-

rió un día antes de las elecciones), los estudios universitarios en Columbia y después en Harvard, colegio en el que fue célebre al convertirse en el primer presidente negro de la exclusiva publicación *Harvard Law Review*, la conversión al cristianismo tras una etapa durante la juventud en la que consumió drogas y alcohol, su dirección de proyectos comunitarios en los barrios pobres de Chicago hasta ser elegido senador estatal en Illinois, ocho años antes de convertirse en el único senador federal afroamericano, y el cuarto en conseguirlo. Esta complejidad de su trayectoria que pudo cerrarle el camino en un país ahora signado por el rechazo al extranjero, fue usada con brillantez para discurrir sobre la riqueza cultural que le inviste y le permite entender la complejidad de los tiempos.

De igual modo que el mestizaje incorpora y no segrega, la mixtura patriótica de Obama alcanza un atinado enfoque conciliatorio, pues la reconciliación constituye otro de los pilares del programa político de un presidente que, al parecer, pretende colocarse no al nivel de los conflictos, prejuicios y heridas históricas de la nación, sino por encima de ellos. Así lo confirmó durante la difícil coyuntura que le llevó a alejarse del pastor de su iglesia, el reverendo Jeremiah Wright, al conocerse la posición agresiva del mismo en las relaciones con las personas blancas:

"No puedo repudiar al reverendo Wright del mismo modo que no puedo repudiar a la comunidad negra, del mismo modo que no puedo repudiar a mi abuela blanca, que ayudó a criarme, que hizo un sacrificio tras otro por mí, que me quiere más que nada en el mundo, pero que una vez me confesó el miedo que sentía al cruzarse con hombres negros en la calle... Estas personas forman parte de mí. Y forman parte de Estados Unidos, este país que yo amo".

No debe extrañar que su campaña haya roto una serie de parámetros tradicionales en la misma medida que se desató una virulenta *obama* en correspondencia con la estatura mediática del presidente electo. Tuvo el respaldo de amplios sectores de la prensa, la televi-

sión, la intelectualidad y de los artistas (Hollywood lo aupó), y Oliver Stone no pudo evitar regalarle a su campaña la cinta W, una parodia directa a Bush. Obama contó con el apoyo determinante del pueblo que le hizo pequeñas contribuciones monetarias y con el de los grandes círculos económicos que favorecieron la superación de los record de recaudaciones y los gastos en una campaña política. Movilizó a la juventud, de común desinteresada del juego electoral, y les puso a votar en su mayoría por él. Aprovechó internet como factor imprescindible de dinamización social e impresionó a la comunidad hispana dirigiéndoles mensajes en idioma español, según afirman, mediante una excelente pronunciación (nadie sabía que Obama hablara español). Arrasó con el voto judío y obtuvo la mayoría del voto católico a pesar de su postura favorable al aborto, que secunda el vicepresidente electo Biden (el cual se dice católico), y favorable también a los matrimonios entre homosexuales. El voto hispano se le unió mientras ganaba no solo el apoyo público de varias figuras republicanas (el general Colin Powell, por ejemplo) sino una parte de los votantes del Partido Republicano (aunque no entre los cubanoamericanos) que incluso le permitió vencer en el Estado de Florida, alineado por tradición a este partido. Acaparó el 95 por ciento del voto de los negros y un meritorio 43 por ciento del voto de los blancos, además del 56 por ciento del voto femenino a lo largo de la Unión. Sobre este último rublo, hay quien opina que la brillante abogada Michelle Obama decidió al respecto con declaraciones como la que brindó a la revista Ebony:

“Barack y yo, como pareja, amigos y amantes, nos complementamos en muchos sentidos. Lo que más me gusta es tener a Barack a mi lado y viceversa, ya sea ver cómo me regala una sonrisa, cómo cautiva a su público o cómo habla a mayores de edad en una residencia”.

Por ello, si el capital simbólico de Obama es inmenso, mayor es su capital político. Es decir, lo que él representa en el ámbito socio-cultural resulta inferior, si se quiere, a las expectativas que

se abren a su alrededor cada vez más, desde diferentes sectores del país, ansiosos de superar cuanto antes, la era post-Bush, marcada por el aumento del terrorismo, varias guerras sangrientas, una crisis económica profunda con el consecuente descenso de los niveles de vida sostenidos desde la era Reagan, y la pérdida de la influencia y la credibilidad de Estados Unidos en la arena mundial, caracterizada por la emergencia de una nueva configuración política.

Ante estas realidades, ha presentado un rostro de serenidad y de confianza, propio del triunfador arquetípico norteamericano que él representa a conciencia, y que muy bien combina con la imagen de hombre del diálogo que enarbola. Con pragmatismo y eficacia, han dicho, Obama y entonces con su equipo de campaña, y ahora con el de transición ha conseguido en cuestión de semanas, después del triunfo, logros importantes. Comienzo con la designación del vicepresidente, a pesar de que fue un nombramiento ocurrido antes de las elecciones. La selección del senador Joe Biden, con más de cuarenta años en el órgano legislativo, fue celebrada pues aportó al candidato inexperto una sombra favorable de esa experiencia en la política internacional que al entonces senador de Illinois le faltaba para ser aún más presidenciable. De todos modos la grave situación interna del país influyó más en el electorado que la situación externa.

Luego llamó la atención que el apoyo que los esposos Clinton le brindaron después del reconocimiento de Hillary a su derrota, al finalizar las pre-candidaturas, no era solo una salida de cierre elegante a los durísimos ataques que le dirigieron la aspirante y senadora por New York y su marido William. Al contrarió, se abrió una nueva senda que trajo la incorporación de varios miembros del partido cercanos a los Clinton al equipo de gobierno, entre los cuales destaca el jefe de gabinete Rahm Ema-



Las inolvidables lágrimas y la emoción de Jesse Jackson...

nuel, congresista demócrata. Pero el colofón lo vimos en la designación de la senadora Hillary para la tan visible e influyente Secretaría de Estado. Otro paso a favor de la reconciliación y el diálogo. Y por si fuera poco, junto a esta maniobra de ajuste interno en un partido que en cierto momento parecía al borde de la fragmentación, Obama cumple con su promesa de conformar un gabinete bipartidista, e incluye en su gobierno a varios miembros de la maquinaria republicana como, es el caso más notable de Robert Gates, secretario de Defensa nombrado por George W. Bush, quien mantiene su cartera después del 20 de enero, día de la toma de posesión.

Además, suele valorarse la ubicación de especialistas de alto nivel académico, incluso un premio Nobel, en áreas decisivas como la economía, la seguridad nacional y la energía. Tales designaciones de personas llegadas de diferentes ambientes pero de un mismo rango de capacidad de trabajo e inteligencia, especialistas de posturas ideológicas diferentes a las suyas, en un momento dado, podrían frenar o impedir la realización de las propias ideas del líder ejecutivo. El sacrificio de la hegemonía presidencial que promete dicho gabinete se sustenta sobre un juicio del valor y la capacidad de los ciudadanos de cara a la necesidad del momento histórico y no según la sumisión al Partido, las componendas electorales o los intereses personales.

Y en cuanto a las directrices de su programa, el flamante presidente man-

tiene el propósito, además de enfrentar con vigor la crisis financiera y la recesión de la economía nacional, darle un rápido fin a la guerra de Irak y a la irregular cárcel de Guantánamo. También enfrentará gigantescos retos en el área de la salud pública y la energía. Considera la posibilidad de dialogar sin condiciones con Cuba e Irán a través de una "democracia directa". En fin, las demandas son tan grandes que quizá no le alcancen dos períodos de gobierno para solucionarlas, más cuando las causas sobrepasan las circunstancias actuales y apuntan hacia deformaciones estructurales o desviaciones éticas en los valores del hombre contemporáneo.

En otro sentido, la candidatura post-partidista y post-política nunca usó argumentos raciales para ganar votos (tampoco tenía que convencer sobre su identidad afroamericana), descendió a los ataques personales ni a las expresiones de mal tono –cosa que no se puede decir de sus contrincantes–; puso siempre la mirada en los grandes retos y en los grandes sueños nacionales; ha conseguido el hecho insólito e impensable de alojar una familia negra en la Casa Blanca. Una familia joven, la de los Obama, que recuerda los días de John y Jackie Kennedy viviendo con sus dos niños en la opulencia de aquellos salones donde se teje una política para la nación y el mundo. Peor aún, entonces la primera dama era una preciosa mujer sureña de lejano origen francés, y hoy la Primera Dama de Estados Unidos ya casi es una glamurosa norteña tan negra como Rosa Parks, la valiente señora –recientemente fallecida– que negándose a ceder su asiento en el ómnibus a un hombre blanco, inició una revuelta por los derechos civiles de los afroamericanos en los años 50. Hoy la familia elegida para representar al país más poderoso del mundo tiene apellido y apariencia africanos. Por eso, en el pueblo de Kenia de donde es oriundo Obama padre, se celebró la victoria antes de los resultados. Y en Europa ya habían recibido al candidato demócrata como a un presidente oficial. Y numerosos países y gobiernos le dieron efusivas felicitaciones e hicieron sugerencias donde alienta un rayo de esperanza.

No obstante, la última palabra la tendrá Barack Hussein Obama, un político conocido más por su retórica e imagen que por sus gestiones; un líder en torno al que se levantan aspiraciones de entendimiento hacia dentro y fuera de Estados Unidos, pero que solo estuvo 4 años en el Senado de la República; un hijo de extranjeros con un primer nombre africano que en lengua swahili quiere decir "bendito"; el segundo nombre árabe recuerda a Saddam, ex-presidente irakí, enemigo de los Bush, y el apellido hace una conexión sonora con Osama Bin Laden, el peor terrorista que ha encontrado el país; un estadista que cree en la fortaleza del gobierno y en las intervenciones del Estado en la economía a la manera de Franklin Delano Roosevelt, pero que ha recibido fuertes sumas de la empresa privada; un presidente que se ubica en la izquierda sin fustigar a los miembros de la derecha, algunos de los cuales le elogian a menudo; un abogado de humilde origen que se presentó como un outsider del sistema político y construyó su gabinete con el riguroso acento de establishment (independientemente de cortar 20 años de alternancia de las familias Bush y Clinton en la cumbre del poder); y, para colmo, tiene algunos de los peores retos que han enfrentado cualquiera de los anteriores 43 presidentes. En fin, no sabemos qué será de Mr. Obama, y menos que podrá ser para América Latina, el Caribe y Cuba, en función de la cual anunció la anulación de las restricciones que impuso la administración Bush pero no el fin del bloqueo, que confirmó durante su visita a la Fundación Nacional Cubano-Americana. En fin, poco sabemos del presidente en funciones, a ciencia cierta, casi nada.

Pero algo sí está muy claro. Aquella madrugada cambió el mundo, cuando el primer presidente negro de Estados Unidos de América avanzó sobre un escenario en el Grant Park hacia un enorme gentío de 100 000 personas que le aclamaba, y a los cuales saludó con su peculiar tranquilidad y voz cadenciosa: "Hello, Chicago!" Bajo las luces legendarias de la victoria, entre pancartas, colores y algarabía juvenil,

después de recordar a sus compañeros de campaña, de felicitar a los candidatos derrotados y de enviar mensajes a su esposa e hijas, bajo el recuerdo de su abuela, en un ambiente de inflamado patriotismo, expresó con mesura:

"Nunca parecí el aspirante a este cargo con más posibilidades. No comenzamos con mucho dinero ni con muchos avales. Nuestra campaña no fue ideada en los pasillos de Washington. Se inició en los jardines traseros de Des Moines y en los cuartos de estar de Concord y en los porches de Charleston. Fue construida por los trabajadores y las trabajadoras que recurrieron a los pocos ahorros que tenían para donar a la causa cinco dólares y 10 dólares y 20 dólares.

Adquirió fuerza de los jóvenes que rechazaron el mito de la apatía de su generación, que dejaron atrás sus casas y sus familiares para hacer trabajos que les procuraron poco dinero y menos sueño.

Adquirió fuerza de las personas no tan jóvenes que hicieron frente al gélido frío y el ardiente calor para llamar a las puertas de desconocidos y de los millones de estadounidenses que se ofrecieron voluntarios y organizaron y demostraron que, más de dos siglos después, un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no se ha desvanecido de la Tierra. Esta es vuestra victoria."

El mundo ya no será el mismo. Si hay un tristísimo 11 de septiembre de 2001 al inicio de la primera década del tercer milenio, existe también, al final de ella, un 4 de noviembre de 2008 en el cual triunfó el sentido común sobre la discriminación, el amor patrio sobre el odio y el miedo atávicos. Fue una victoria para los hijos de los esclavos y de los esclavistas, y para los descendientes que nacieron de ambos. Más allá del problema de las razas y toda la gama de injusticias y pecados que producimos a diario, vimos esa noche cómo, sobre una antigua legión de miserias humanas, alumbraba la misteriosa sencillez del espíritu.

